

HENRY DAVID THOREAU

DÓNDE VIVÍ Y PARA QUÉ VIVÍ

www.upasika.com

DÓNDE VIVÍ Y PARA QUÉ VIVÍ ^a

En cierta época de nuestra vida acostumbramos considerar todos los lugares como posible sitio para una casa. Así he inspeccionado la comarca por todos lados dentro de unas doce millas de donde vivo. En mi imaginación he comprado todas las granjas en sucesión, porque todas había que comprarlas, y supe su precio. Me dirigía al establecimiento de cada granjero, probaba sus manzanas silvestres, charlaba de jardinería con él, le tomé la granja por el precio que pedía, cualquiera que fuere, hipotecándosela a él en mi mente; hasta llegué a valorizarlas todavía más —me llevé todo menos la realidad, tomaba por realidad su palabra, porque me encanta conversar— la cultivaba, como también a él en cierta medida, creo, y me retiraba cuando había gozado lo suficiente, dejándolo que siguiese adelante. Esta experiencia me dio derecho a que mis amigos me considerasen como una especie de corredor de bienes raíces. Dondequiera me sentaba era lugar propicio para vivir, y el panorama irradiaba de mi ser en la misma medida. ¿Qué es una casa sino una *sede* o asiento?, y, si es asiento campestre, mejor. Descubrí muchos sitios para una casa que es improbable que mejoren pronto, que algunos podrían considerar demasiado alejados de la villa, pero a mis ojos la villa estaba demasiado distante de ellos. Pues bien, aquí podría vivir, dije; y allí vivía, por una hora, una vida de un verano y un invierno; vi que podía dejar que corriesen los años, cortar el viento y presenciar la llegada de la primavera. Los futuros habitantes de esta región, dondequiera ubiquen sus casas, pueden tener la seguridad de que alguien se les ha anticipado. Una tarde bastaba para preparar la tierra y convertirla en jardín, terreno para bosque y prado, y para decidir qué magníficos robles o pinos quedarían delante de la puerta, y desde dónde cada árbol dejado podría verse con mayor ventaja, y después lo dejaba estar, librado al acaso, porque

^a [Capítulo 2 de la primera edición de *Walden* (1854).]

el hombre es rico en proporción al número de cosas que es capaz de dejar libradas a sí mismas.

La imaginación me llevaba tan lejos que hasta obtuve la negativa de varias granjas —la negativa era todo lo que quería— pero nunca se me quemaron los dedos por su posesión real. Lo más cerca que llegué a la posesión real fue cuando compré la finca de Hollowell, y había comenzado a elegir las semillas y a reunir material para hacer una carretilla para traer y llevar cosas, pero antes de que su dueño me diera la aprobación, su esposa —todo hombre tiene una esposa así— cambió de parecer y quiso quedarse con ella, y me ofreció diez dólares para revocar el trato. Ahora bien, a decir verdad, yo no tenía más que diez centavos en este mundo, y estaba más allá de mi aritmética decir si era ese hombre que tenía diez centavos, o que tenía una granja, diez dólares o todo junto. Sin embargo, dejé que se quedase con los diez dólares y la granja también, porque ya había llevado el asunto bastante lejos; o más bien, para ser generoso, le vendí la granja exactamente por lo mismo que me había costado y, como él no era rico, le regalé diez dólares y todavía me quedaron los diez centavos, las semillas y el material para la carretilla. Encontré así que había sido rico sin lesionar mi pobreza, pero, en cambio, conservé el paisaje y desde entonces me he llevado su producto sin carretilla. Hablando de paisajes...

Soy el monarca de cuanto *contemplo*;
Mi derecho en esto es innegable.^b

He visto a menudo un poeta retirarse, tras haber gozado la parte más valiosa de una granja, mientras que el costroso granjero creyó que se había llevado nada más que unas cuantas manzanas silvestres. Es que el propietario no sabe que durante muchos años, cuando el poeta ha puesto su granja en rima, la más admirable especie de cerca invisible la ha encerrado, ordeñando, desnatando, retirando toda la crema para dejar al agricultor nada más que la leche desnatada.

Para mí los verdaderos atractivos de la granja de Hollowell eran: su completo aislamiento, pues está a unas dos millas de la villa, a media milla del vecino más próximo, y separada de la carretera por un amplio campo; que da sobre el río, que, según el propietario, la protege con su niebla de las heladas primaverales, aunque eso no significaba nada para mí; el color gris y el estado rui-

^b [De "Versos Presuntamente Escritos por Alexander Selkirk", por el poeta inglés William Cowper (1731-1800).]

noso de la casa y el granero, y las cercas rotas, que ponen tal intervalo entre yo y el último ocupante; los desnudos manzanos cubiertos de líquenes, roídos por las liebres, mostrando el tipo de vecinos que debo tener, pero, más que nada, el recuerdo que tenía de ella desde mis primeros viajes río arriba, cuando la casa se ocultaba detrás de un denso monte de arces rojos, a través de los cuales escuchaba el ladrido del perro de la casa. Tenía prisa por comprarla antes de que su dueño terminase de sacar algunas piedras, de talar los manzanos secos y de arrancar algunos abedules jóvenes que habían crecido en el prado, o, en suma, hubiese hecho algunas mejoras más. Para gozar de estas ventajas estaba dispuesto a seguir adelante, como Atlas, para cargar el mundo sobre los hombros —nunca me enteré de la recompensa que habrá recibido por eso— y hacer todas las cosas que no tenía otro motivo ni excusa, pero que debía pagar y no ser molestado en su posesión; en todo momento sabía, mientras tanto, que me rendirían la más abundante cosecha de lo que yo quería, siempre que pudiese permitirme el dejarlo como estaba. Pero resultó como he dicho.

Todo lo que podía decir, entonces, con respecto a la agricultura en gran escala —siempre he cultivado la huerta— era que ya tenía las semillas listas. Muchos creen que las semillas mejoran con los años. No dudo que el tiempo discrimina entre las buenas y las malas; así, cuando por fin llegue a plantar, será menos probable que me desilusione. Pero diré a mis semejantes, de una vez por todas: “Vivan libres y sin compromisos, mientras puedan. Poca diferencia hace que estén comprometidos a una granja o a la cárcel del condado”.

El viejo Catón, cuya *De re rusticâ* es mi *Cultivator*,¹ dice —y la única traducción que he visto vuelve completamente absurdo el pasaje—: “Cuando pienses adquirir una granja concíbela así en tu mente, no comprar vorazmente ni escatimar empeño para mirarla y no pensarla suficiente como para merodearla una vez. Cuanto más a menudo vayas allí, más te agradará, si es buena”. Creo que no la compraré vorazmente, pero la merodearé mientras viva, y seré enterrado en ella primero, para que me agrade más por fin.

Este fue mi siguiente experimento de esta índole, que me propongo describir con mayor extensión, pero colocando, por razones de conveniencia, dos años en uno. Como he dicho, no me propongo escribir una oda a la melancolía,² sino cantarlo estrepitosamente como gallo madrugador en el palo del gallinero, aunque sólo fuere para despertar a mis vecinos.

Cuando por primera vez establecí residencia en el bosque, es decir, cuando comencé a pasar las noches y los días allí, lo cual, por casualidad, fue el Día de la Independencia, Cuatro de Julio de 1845, mi casa no estaba terminada para el invierno, sino que era simplemente un reparo para la lluvia, sin revoque ni chimenea, siendo las paredes de tablas despulidas y manchadas por la intemperie, con amplias grietas que la hacían fría de noche. Los blancos palos desbastados bien erectos y la puerta y postigos de las ventanas recién cepillados, le daban un aspecto limpio y ventilado, especialmente de mañana, cuando su madera estaba saturada de rocío, de manera que me hacía la ilusión de que para mediodía manaría de ellos goma dulce. En mi imaginación conservaba durante el día más o menos este carácter de aurora, haciéndome recordar cierta casa en la montaña que visitara un año antes. Esta era una cabaña ventilada, sin revocar, hecha para entretener a un dios viajero y donde una diosa entraría arrastrando el ruedo del vestido. Los vientos que pasaban sobre mi morada eran como brisa que se desliza majestuosamente sobre las crestas de las montañas trayendo los interrumpidos acordes, o las partes celestiales solamente, de música terrenal. El viento matinal sopla para siempre; el poema de la creación es perenne, pero pocos son los oídos que lo escuchan. El Olimpo no es sino la faz de la tierra entera.

La única casa que había poseído hasta entonces, con excepción de un bote, era una tienda que armaba ocasionalmente cuando salía de excursión en verano, y que todavía guardo arrollada en mi buhardilla, pero el bote, tras pasar de mano en mano, se fue corriente abajo. Con esta vivienda más sustancial para mí, hice ciertos progresos hacia mi radicación en el mundo. Esta armazón tan escasamente vestida fue una especie de cristalización en torno de mí y reaccionó sobre su constructor. En cierto modo sugería un boceto. No me hacía falta salir para tomar aire porque la atmósfera de su interior no perdía para nada su frescura. Adentro no era tanto como en la puerta donde solía sentarme hasta en el tiempo más lluvioso. El *Harivansa*³ dice: "Morada sin pájaros es como carne sin sazonar". Tal no era mi morada, porque de pronto me encontré vecino de los pájaros; no porque haya encerrado ninguno, sino por haberme enjaulado yo mismo cerca de ellos. No solamente estaba más cerca de algunos de los que comúnmente frecuentan el jardín y el huerto, sino de esos cantores más silvestres y emocionantes del bosque que raras veces o nunca dan la serenata al pueblerino: el tordo pardo, el tordo leonado, la tángara escarlata, el gorrión de campo, la chotacabra chillona y muchos otros.

Estaba sentado a la orilla de una pequeña charca, a cosa de milla y media al sur de la villa de Concord y un poco más alto que ella, en medio del amplio bosque entre esta población y Lincoln, y a unas dos millas al sur de ese único campo nuestro conocido por su fama, Concord Battleground;⁴ pero yo estaba tan internado en el bosque que la costa opuesta, a media milla de distancia, como el resto cubierto por bosque, eran mi horizonte más distante. En la primera semana, siempre que miraba el estanque, creía verlo como un lago a lo alto de una montaña, con su fondo muy por encima de la superficie de los otros lagos, y, cuando asomaba el sol, contemplábalo despojarse de su nocturna indumentaria de bruma, y aquí y allá, poco a poco, iba apareciendo su suave rizado o su lisa superficie como espejo, mientras que la bruma, cual fantasma, replegábase sigilosamente en todas direcciones hacia los bosques, como nocturno conciliábulo que se disuelve. El rocío mismo parecía pender de los árboles hasta más entrado el día que lo usual, como también en las laderas de las montañas.

Este laguito me fue valiosísimo como compañero en los intervalos de suaves lluvias de agosto, cuando con el aire y el agua en perfecta quietud, pero bajo el cielo cubierto, la tarde lucía toda la serenidad de la noche y el canto del tordo del bosque propagábase de orilla a orilla. Un lago como éste nunca es más liso que en esos momentos, y la porción clara del aire que lo cubre es escasa y oscurecida por nubes, mientras que el agua, pletórica de luz y reflejos, conviértese en un paraíso inferior y, por eso, tanto más importante. Desde lo alto de una colina de las cercanías, donde recientemente habían talado el bosque, había una hermosa vista a través de la charca, a través de una ancha indentación de los cerros que forman la costa allí, donde sus lados opuestos, en confluente declive entre ellos mismos, sugerían un arroyo que corriera en esa dirección por boscoso valle, pero no había tal arroyo. En esa dirección miraba entre y por encima de los cerros verdes más próximos, hacia otros distantes y más altos en el horizonte, teñidos de azul. En efecto, de puntillas hasta llegaba a divisar apenas algunos de los picos de cadenas montañosas más azules y más distantes todavía del noroeste, esas monedas azules de verdad acuñadas por el cielo, y también alguna porción de la villa. Pero en otras direcciones, ni siquiera desde este punto podía ver ni por encima ni más allá del bosque que me rodeaba. Conviene tener un poco de agua en las cercanías para remozar y regar la tierra. Una de las ventajas del pozo, por pequeño que sea, es que mirando su interior se comprueba que la tierra no es un continente sino una isla. Esto es tan importante como

que mantiene fresca la mantequilla. Cuando miraba más allá de la laguna desde este pico, hacia los prados Sudbury, que en tiempos de inundación distinguía elevados, quizá por un espejismo, sobre el valle cubierto por las aguas como moneda en una palangana, y la tierra después de la laguna parecía fina costra flotante también sobre esta pequeña lámina de agua interpuesta, recordaba que esto en que pensaba no era sino *tierra seca*.

Aunque desde mi puerta la vista era más limitada todavía, no me sentía hacinado ni confinado en absoluto. Había suficiente pasto para alimentar mi imaginación. La baja meseta de arbustos de roble de la margen opuesta se extendía hacia las praderas del oeste y las estepas de Tartaria, dando amplia cabida a todas las familias errantes de hombres. "Nadie más feliz en la tierra que quien goza del vasto horizonte", dijo Damodara⁵ cuando sus rebaños requieren nuevos prados más extensos.

El lugar y el tiempo habían cambiado, y me acercaba con el pensamiento a las partes del universo y a las eras de la historia que más atracción ejercían sobre mí. Donde viví era un sitio tan remoto como muchas regiones que de noche contemplan los astrónomos. Nos sentimos tentados a imaginar lugares raros y deleitables en un rincón más celestial del sistema, más allá de la constelación de Casiopea, lejos de todo ruido y perturbación. Descubrí que en realidad mi casa tenía asiento en un retiro así, pero por siempre nuevo y sin profanar, como parte del universo. Si valiera la pena radicarse en esos sitios vecinos a las Pléyades o las Híades, a Aldebarán o Altaír, entonces estaba realmente allí, o a igual distancia de la vida que había dejado atrás, achicándome y titilando como rayo tan fino a mi vecino más próximo, para sólo ser visto en las noches sin luna por él. Tal era esa parte de la creación donde me había establecido:

Había una vez un pastor que vivía
Y mantenía sus pensamientos tan altos
Como los montes donde sus rebaños
A menudo pacían.

¿Qué pensar de la vida del pastor si sus rebaños siempre suben a mayor altura que sus pensamientos?

Todas las mañanas eran plácida invitación a hacer mi vida de igual simplicidad, y hasta inocencia, podría decir, que la Naturaleza misma. He sido tan sincero adorador de Aurora como los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en la charca; eso era un ejercicio religioso, y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que la bañera del rey Tching-thang tenía una inscripción que decía:

"Renuévate por completo todos los días; hazlo otra vez, y otra vez y para siempre". Comprendo. La mañana vuelve a traernos las eras heroicas. Me molestaba mucho el fino zumbido de un mosquito en invisible e inimaginable recorrida por mi apartamiento al alba, estando yo sentado con la puerta y ventanas abiertas, como jamás trompeta alguna cantó en la fama. Era el requiem de Homero —en sí mismo una *Ilíada* y *Odisea* en el aire— cantando su propia ira y andanzas. Había algo de cósmico en él, un anuncio en pie, todavía vedado, del imperecedero vigor y fertilidad de la tierra. La mañana, la época más memorable del día, es la hora del despertar. Entonces hay menos somnolencia en nosotros y por una hora, por lo menos, despierta una parte de nosotros que dormita todo el resto del día y de la noche. Poco cabe esperar del día, si se lo puede llamar día, en que no nos despierta nuestro Genio sino los mecánicos golpes de algún servidor; cuando no nos despiertan desde adentro la propia fuerza recién adquirida de nuestras aspiraciones, acompañada por ondulaciones de música celestial en vez de campanas de fábricas, y una fragancia que satura el aire, para entrar en una vida superior a aquella en que nos quedamos dormidos, y así la oscuridad fructifica y demuestra ser buena, no menos que la luz. El hombre que no cree que cada día contiene esa hora más temprana y más sagrada de la aurora, de lo que ha profanado hasta ahora, reniega de la vida y marcha por un camino en pendiente de progresiva oscuridad. Tras el cese parcial de su vida sensorial, el alma del hombre, o sus órganos, más bien, se revigoriza día a día, y su Genio ensaya nuevamente la vida noble que pueda hacer. Todos los acontecimientos memorables, debo decir, suceden en horas de la mañana y en clima matinal. Los *Vedas* dicen: "Todas las inteligencias despiertan con la mañana".⁶ La poesía y el arte, como las acciones más justas y memorables de los hombres, datan de esa hora. Todos los poetas y héroes, como Memnón, son hijos de Aurora y emiten su música al amanecer. Para aquellos cuyo pensamiento elástico y vigoroso marca el paso con el sol, el día es mañana perpetua. No importa lo que digan los relojes ni las actitudes y afanes de los hombres. Es de mañana cuando estoy despierto y hay amanecer en mí. La reforma moral es el esfuerzo por acabar con el sueño. ¿Por qué los hombres sacan tan poco provecho de su día si no han estado dormitando? No son tan malos calculadores. Si no hubiesen sido vencidos por la somnolencia habrían realizado algo. Millones de seres están suficientemente despiertos para el trabajo físico, pero en un millón sólo uno está lo suficientemente despierto para el ejercicio intelectual efectivo, y solamente uno en cien millones para una vida poética o divina.

Estar despierto es estar vivo. Todavía no he encontrado a nadie que esté despierto del todo. ¿Cómo habría podido mirarlo a la cara?

Debemos aprender a despertar y a mantenernos despiertos, no mediante auxilios mecánicos, sino con una infinita expectación del amanecer que no nos abandona ni en el más profundo de los sueños. No conozco realidad más alentadora que la incuestionable capacidad del hombre para elevar su vida mediante empeño consciente. Una cosa es ser capaz de pintar un cuadro en particular o tallar una estatua, hermozeando así algunos objetos, y otra mucho más gloriosa cincelar y pintar el clima y el medio mismo a través del cual miramos, cosa que moralmente podemos hacer. Afectar la calidad del día, he aquí la más grande de las artes. Todo ser humano tiene la misión de hacer que su vida, hasta en sus detalles, sea digna de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si nos negamos, o si, en cambio, nos valemos de la deficiente información que conseguimos, los oráculos nos indicarán perfectamente cómo hacerlo.

Fui al bosque porque quería vivir deliberadamente, confrontar con exclusividad los hechos esenciales de la vida y comprobar si no podía aprender de ella lo que tenía para enseñarme, para que, al llegar mi muerte, no descubriese que no había vivido. No quería vivir lo que no era vida porque la vida es muy preciosa; tampoco quería practicar el renunciamiento, salvo que fuese completamente necesario. Quería vivir profundamente y saborear toda la medula de la vida, vivir una vida tan recia y espartana como para ahuyentar todo cuanto no fuese vida, dar una amplia pasada de guadaña y cortar corto, arrinconar la vida y reducirla a sus términos más inferiores, y, si resultaba ser mezquina, tratar entonces de extraerle toda su genuina mezquindad, para después proclamar esa mezquindad al mundo, o, si, en cambio, fuera sublime, conocerla por experiencia y ser capaz de hacer una verdadera versión de ella en mi próxima excursión. Creo que la mayoría de los hombres sufren extraña incertidumbre al respecto y no saben si es del diablo o de Dios, y han llegado a la conclusión *un tanto precipitada* de que la principal finalidad del hombre es "glorificar a Dios y gozarlo para siempre".

Todavía vivimos con mezquindad, como las hormigas, aunque la fábula nos dice que hace mucho tiempo fuimos convertidos en hombres; como pigmeos luchamos por migajas; es error sobre error, chapucería tras chapucería, y nuestra mejor virtud tiene como única ocasión un superfluo y evitable desasosiego. Nuestra vida se desmenuza en detalles. El hombre honesto difícilmente tiene necesidad de contar más que con sus diez dedos o, en casos extremos, puede agregar los diez dedos de los pies y tirar el resto. ¡Simplici-

dad, simplicidad, simplicidad! Sostengo, dejad que vuestros asuntos sean dos o tres, y no un centenar ni un millar; en vez de un millón, contad una docena y haced las cuentas con la uña del pulgar. En medio de esta mar encrespada de la vida civilizada, tales son las nubes y tormentas y arenas movedizas y mil y un asuntos que deben tomarse en cuenta, que el hombre tiene que vivir, para no tocar fondo e irse a pique y no llegar a puerto para nada, rumbeando a ciegas, y debe ser un gran calculista quien triunfe. Simplicidad, simplicidad. En vez de tres comidas diarias, comed una sola si fuese necesario; en vez de un centenar de platos, cinco, y reducid las demás cosas en proporción. Nuestra vida es como una confederación alemana, compuesta por pequeños estados, con su frontera siempre fluctuante, de manera que ni siquiera un alemán podría decir cuál es el límite en un momento dado. La nación misma, con todas sus llamadas mejoras internas, que, dicho sea de paso, son externas y superficiales, es un establecimiento tan inconexo y superdesarrollado, atestado de moblaje y enredado en sus propias trampas, arruinado por el lujo y los gastos superfluos por falta de cálculo y de miras dignas, como los millones de familias en la tierra; la única cura de todo esto, como de ellos, está en la rígida economía, en una sencillez de vida severa y más que espartana, y en la elevación de propósito. Se vive con demasiada prisa. Los hombres creen esencial que la *nación* comercie, exporte hielo, hable por telégrafo y viaje a treinta millas por hora, sin duda, sean *ellos* o no, pero el que debemos vivir como antropoides o como hombres es un tanto incierto. Si no colocamos durmientes ni tendemos ferrocarriles, dedicando días y noches a la obra, sino que nos ponemos a meditar sobre nuestras *vidas* para *mejorarlas*, ¿quién construiría ferrocarriles? Y si no se construyen ferrocarriles, ¿cómo llegar al paraíso a tiempo? Pero si nos quedamos en casa y nos ocupamos de nuestros asuntos, ¿quién querrá ferrocarriles? Cada cual es un hombre, irlandés o yanqui. Los rieles se tienden sobre ellos y son cubiertos por arena, y los vagones los corren suavemente encima. Son durmientes profundos, os lo aseguro. Y cada pocos años se tiende un lote nuevo y les pasan encima, de manera que, si algunos tienen el placer de viajar en ferrocarril, otros tienen la desgracia de que viajen sobre ellos. Y cuando corren sobre un hombre que se pasea dormido, un durmiente supernumerario en posición errónea, y lo despiertan, de pronto detienen los coches y hacen alharaca y chillan, como si esto fuese una excepción. Me alegra saber que se requiere una cuadrilla de hombres cada cinco millas para mantener los durmientes horizontales y nivelados en sus lechos, porque esto es señal de que alguna vez podrían levantarse de nuevo.

¿Por qué vivir con tanta prisa y derroche de vida? Estamos decididos a morirnos de hambre antes de tener hambre. Los hombres dicen que con una puntada a tiempo se ahorran nueve, y, por lo tanto, hacen hoy mil puntadas para ahorrarse mañana nueve. En cuanto a *trabajo*, no tenemos ninguno que tenga ninguna consecuencia. Tenemos el baile de San Vito y no podemos mantener la cabeza quieta. Si solamente hubiera que dar unos cuantos tirones a la soga de la campana de la parroquia, como en caso de incendio, es decir, sin arreglar la campana, difícilmente hay un hombre en esta granja de las afueras de Concord, a pesar de ese cúmulo de compromisos que tantas veces le sirviera de excusa esta mañana, ni un muchacho o una mujer, casi podría decir, que no lo olvide todo y siga ese tañido, no principalmente para salvar bienes de las llamas, sino, si confesamos la verdad, mucho más para verlos quemar, porque tienen que quemarse, y nosotros, sépase, no les prendimos fuego, o para verlo apagar y participar en la extinción, siempre que se haga debidamente; sí, aunque se tratase de la misma iglesia parroquial. Difícilmente alguien se permite hacer una siesta de media hora después de almorzar sin que después, al despertar, diga: "¿Qué hay de nuevo?", como si el resto de la humanidad fuese centinela suyo. Algunos dejan indicado que los despierten cada media hora, sin duda no por otro fin; y después, como recompensa, narran lo soñado. Tras una noche de sueño las noticias son tan indispensables como el desayuno. "Por favor, dime cualquier novedad que haya sucedido a alguien en cualquier parte de este planeta", y lee junto a su café con galletitas que a un hombre le sacaron los ojos en el río Wachito esta mañana, sin sospechar mientras tanto que quien vive en la tenebrosa caverna de este mundo apenas si tiene el rudimento de un ojo.

Por mi parte, podría prescindir fácilmente del correo. Creo que muy pocas son las comunicaciones importantes que se hacen por intermedio de él. Hablando críticamente, diré que nunca he recibido más de una o dos cartas en toda mi vida —escribí ésta hace algunos años— que valiesen su franqueo. El correo de a centavos es, comúnmente, una institución por cuyo intermedio se ofrece seriamente a un hombre ese centavo para sus pensamientos, que con tanta frecuencia se ofrece sin riesgos como burla. Y tengo la seguridad de no haber leído nunca ninguna noticia memorable en el diario. Si leemos de un hombre robado, asesinado o muerto en un accidente, o de una casa quemada, de un barco zozobrado, de un vapor que estalla o de una vaca atropellada por el Western Railroad, o de un perro rabioso muerto, o de una manga de saltamontes en invierno, ya no nos hace falta leer otra cosa. Con una basta. ¿Si se conoce el

principio qué importan sus millares de casos y aplicaciones? Para el filósofo *todas* las noticias, tal como se las llama, son chismes, y quienes las publican y las leen son viejas tomando té. Sin embargo, no pocos son insaciables por estos chismes. Me enteré que el otro día se produjo tal apiñamiento ante una de las oficinas para conocer las noticias extranjeras del último correo, que varios grandes cristales pertenecientes al establecimiento se rompieron por la presión, noticias que, creo seriamente, cualquier escritor ingenioso habría podido preparar con doce meses o doce años de anticipación y con bastante exactitud. En cuanto a España, por ejemplo, con colocar a Don Carlos y la Infanta, y a Don Pedro y Sevilla y Granada en sus proporciones correctas de vez en cuando —puede que los nombres hayan cambiado un poco desde que vi los diarios— y ofrecer una corrida de toros cuando los otros entretenimientos fallan, será al pie de la letra y nos proporcionará una idea tan buena de la condición exacta, o de la ruína, de las cosas en España, como la más sucinta y lúcida crónica de esa índole en los diarios, y, en cuanto a Inglaterra, casi la única noticia importante de esa fuente fue la revolución de 1649, y si se conoce la historia de sus cosechas en cualquier año común, no hace falta volver a tocar más el asunto, salvo que las propias especulaciones sean simplemente de carácter pecuniario. A juzgar por quienes raras veces miran los diarios, nada de nuevo sucede jamás en el extranjero, sin exceptuar una revolución francesa.

¡Qué noticia! ¡Cuánto más importante es conocer lo que nunca envejece! "Kieou-he-yu (alto dignatario del estado de Wei) mandó un hombre a entrevistar a Khoung-tseu para darle a conocer sus noticias. Khoung-tseu hizo sentar al mensajero a su lado y lo interrogó en estos términos: «¿Qué hace tu amo?» El mensajero contestó respetuosamente: «Mi amo desea reducir el número de sus faltas, pero no puede ponerles término». Habiéndose retirado el mensajero, el filósofo observó: «¡Valioso mensajero! ¡Valioso mensajero!» El predicador, en vez de vejar los oídos de los granjeros soñolientos en su día de descanso al final de la semana —porque el domingo es el oportuno final de una semana mal pasada y no el bravo y renovado comienzo de otra— con su monótono sermón, debería gritarles con voz atronadora: "¡Un momento! ¡Deténganse! ¿Por qué parecen tan apurados pero mortalmente lentos?"

Las vergüenzas y desilusiones son estimadas como sólidas verdades, mientras que la realidad es fabulosa. Si los hombres observaran constantemente las realidades sin dejarse engañar, la vida, en comparación con las cosas que conocemos, sería como un cuento de

hadas y como las maravillas de las Noches de Arabia. Si respetásemos solamente lo inevitable y lo que tiene derecho a ser, la música y la poesía resonarían por las calles. Si no somos precipitados, pero sí sabios, percibimos que únicamente las cosas grandes y dignas tienen existencia permanente y absoluta, y que los mezquinos temores y los mezquinos placeres no son otra cosa que sombra de la realidad. Esto siempre es reconfortante y sublime. Cerrando los ojos y dormitando, y consintiendo a que se los engañe con espectáculos, los hombres establecen y confirman una vida diaria de rutina y hábito en todas partes que todavía está erigida sobre cimientos puramente ilusorios. Los niños, que juegan la vida, discernen esta verdadera ley y relaciones con mayor claridad que los adultos, que no la viven con dignidad pero se creen más sabios por su experiencia, o sea por sus fracasos. He leído en un libro hindú que "hubo una vez un hijo de rey que, habiendo sido expulsado en la infancia de su ciudad natal, fue adquirido por un forastero y, al llegar a la madurez en este estado, imaginó pertenecer a la bárbara raza con la cual vivía. Uno de los ministros de su padre, luego de haberlo descubierto, le reveló quién era, con lo cual desapareció el concepto erróneo de su carácter y supo que era príncipe. Así el alma —continúa el filósofo hindú—, por las circunstancias en que es colocada, confunde su propio carácter, hasta que algún sagrado maestro le revela la verdad, y entonces sabe que es *brahmán*". Percibo que nosotros, los habitantes de Nueva Inglaterra, vivimos esta vida mezquina que vivimos porque nuestra visión no penetra por debajo de la superficie de las cosas. Creemos que *es* lo que *aparenta* ser. Si un hombre caminase por este pueblo y viera únicamente la realidad, ¿dónde creéis que iría la "Represa"? Si nos describiera las cosas que tenemos aquí, no reconoceríamos el lugar que refiere. Miremos un salón de actos, un tribunal, una cárcel, una tienda, una casa de familia y digamos qué es realmente eso, antes de fijarnos bien, y todas se harían trizas en su versión de los mismos. Los hombres estiman la verdad remota, en las afueras del sistema, más allá de la estrella más lejana, antes de Adán y después del último hombre. En la eternidad, en efecto, hay algo de verdadero y sublime. Pero todos esos momentos y lugares y ocasiones están ahora y aquí. Dios mismo culmina en el momento actual y nunca será más divino a través de todas las edades. Y estamos capacitados para captar todo lo que es sublime y noble únicamente por la perpetua penetración e impregnación de la realidad que nos rodea. El universo responde constante y obedientemente a nuestras concepciones; viajemos con rapidez o lentitud, tenemos la huella preparada. Dediquemos la vida, entonces, a concebir. El poeta o el artista jamás

han tenido hasta ahora un designio tan justo y noble que por lo menos parte de su posteridad pudiera realizar.

Pasemos un día tan deliberadamente como la Naturaleza, y no nos desviemos del camino por cualquier cáscara de nuez o ala de mosquito que cae en los rieles. Levantémonos temprano y rápido, o salgamos con rapidez, tranquilos y sin perturbación; dejemos venir la compañía y dejémosla ir, que doblen las campanas y lloren los niños, decididos a hacer de él un día de verdad. ¿Por qué escondernos y seguir la corriente? No nos dejemos malograr ni arrastrar en ese terrible rápido y torbellino que se llama almuerzo, situado en las cascadas del meridiano del mediodía. Si sorteamos este peligro estamos seguros, porque el resto del camino es cuesta abajo. Tensos los nervios, con vigor matinal, naveguemos por ella, mirando a otra parte, atados al mástil como Ulises. Si la máquina pita, que pite hasta enronquecer de tanto pitar. Si suena la campana, ¿por qué correr? Consideraremos a qué clase de música se parecen. Asentémonos a nosotros mismos, y trabajemos y plantemos los pies abajo a través del lodo y charco de la opinión, y prejuicio, y tradición, y desilusión, y apariencia, de ese aluvión que cubre el mundo a través de París y Londres, a través de Nueva York y Boston y Concord, a través de Iglesia y Estado, a través de la poesía y la filosofía y la religión, hasta que llegar a ese fondo duro y rocoso que llamamos *realidad*, y digamos: "Es esto, no hay duda"; y entonces comencemos, con un *point d'appui*, por debajo de la vertiente, de la helada y del fuego, a construir un lugar donde podremos colocar una pared o una finca, o un farol, sin peligro, o quizá una vara de medir, no un Nilómetro,⁷ sino un Realómetro, para que las edades del futuro conozcan hasta dónde una vertiente de vergüenzas y apariencias se ha congregado de vez en cuando. Si nos plantamos erguidos y hacemos frente cara a cara un hecho, comprobaremos que el sol resplandece en sus dos superficies cual cimitarra, y sentiremos su liso filo cortarnos en dos el corazón y los tuétanos, finalizando así con felicidad nuestra mortal carrera. Sea vida o muerte, sólo buscamos realidad. Si realmente morimos, escuchemos los estertores en la garganta y sintamos el frío en las extremidades; si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos.

El tiempo no es más que la corriente en que voy a pescar. Bebo en ella, pero mientras bebo veo el fondo arenoso y comprendo lo poco profundo que es. Su fina corriente se escurre, pero la eternidad permanece. Bebería más profundo; pescaría en el cielo, cuyo fondo está tachonado de estrellas. No sé contar ni uno. No conozco la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio

como el día en que nací. El intelecto es como una cuchilla; discierne y hiende su camino hacia el secreto de las cosas. No quisiera estar ocupado con mis manos más de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento todas mis mejores facultades concentradas en ella. El instinto me dice que mi cabeza es un órgano para perforar la tierra, así como algunas criaturas emplean el hocico y las patas delanteras, y que con ella taladraría y atravesaría mi camino por estos cerros. Creo que el filón más rico está por aquí; tal por el fragante olor y los finos vapores que discierno, y aquí comenzaré a excavar.